

## LA COMUNION

A *Maria Elisa*.

Cuando ante Dios, ¡oh noble compañera!  
te arrodillas conmigo en los altares,  
siento que entre profundos luminares  
somos el centro de inmortal esfera.

Una fe misma nuestro sér impera,  
alienta el mismo culto nuestros lares,  
y sabemos que son nuestros pesares  
los nuncios de la patria verdadera.

Y si el pan de los ángeles reciben  
las almas de los dos—¡dulce delirio!—  
en un instante lo infinito viven;

Y es que ellas, entre místicos aromas,  
de Cristo en el costado, abierto lirio,  
van a posarse como dos palomas.

LUIS MARIA MORA

---

**¡RESTITUCION!....**


---

Era don Germán Ordóñez lo que se llama un cacique, es decir, un señor muy rico que gozaba de influencia oficial proporcionada a sus grandes riquezas, y que, como consecuencia natural de esas dos circunstancias, disponía a su antojo de los votos y de los cargos públicos de su pueblo.

Pero como ni el dinero, ni los votos, ni la influencia poseen la virtud de suspender por un instante siquiera la vertiginosa carrera de la muerte, cuando en el reloj de la vida de don Germán sonó la última hora, aquella admirable niveladora de los hombres se aproxi-

mó silenciosamente, disfrazada de pulmonía, al potentado cacique, y le anunció en tono confidencial que se dispusiese para el viaje a la eternidad.

—¡Tan pronto!—parece que exclamó don Germán. El caso es que aún me quedaban algunos negocios que arreglar.

—Pues, amigo mío, procura abreviar, porque yo no espero.

El respetable párroco llamó a la afligida Isabel y le anunció, consternado, que su padre no quería confesar.

—¡No es posible, señor cura! Seguramente mi padre desvaría; sin duda un acceso nervioso, alguna alucinación.... ¡Si él fue siempre un buen cristiano! ¡Si se esforzó tanto en inculcarme a mí las prácticas religiosas!

—Desgraciadamente, hija mía, ni acceso, ni alucinación, ni causa física alguna; lo que sí hay es un motivo secreto de gravísima trascendencia para sugerir esa terrible resolución. «Señor cura, me decía hace un momento, veo que me muero, y sé que debo confesar para salvarme; además yo quisiera salvarme, y, sin embargo, no puedo confesar.... ¡No puedo, señor cura, no puedo! ¡Dios mío, qué angustia, qué lucha!...» Y al animarlo para que venciera la tentación que lo acosa y oprime, me ha contestado terminantemente:

—«Es inútil todo, señor cura. ¡Por mi hija, por mi Isabel, estoy resuelto a condenarme!»

—¡Pero eso es horroroso, señor cura! Nosotros no podemos consentirlo; yo no debo dejar que mi padre muera impenitente. ¿Qué le parece a usted?

—¡Si usted quisiera intentár una prueba!

—¿Que si quiero? ¡Ahora mismo! ¿Qué no haré

yo para salvar a mi padre, el único sér querido que me resta en el mundo?

La lucha debió de ser rudísima, pero Isabel triunfó. ¡Pesa tanto en la voluntad de los padres el amor de los hijos!

—¡Pase, señor cura, pase usted a confesarlo! Con la gracia de Dios acabo de obtener dos victorias superiores a mis débiles fuerzas: convencí a mi padre para que confiese, y renuncié a mi posición social! ¡Desde este momento soy tan pobre como el más miserable del pueblo! Pero estoy tranquila y satisfecha, créalo usted. La Virgen Santísima a cuya devoción me inclinó mi padre desde niña, me da fuerzas en estos momentos para soportar este cambio tan radical. Vamos, señor cura, pase usted, mientras dispongo lo necesario para completar la obra.

El sacerdote penetra en la habitación del enfermo, e Isabel manda llamar con urgencia al zapatero Pepe Rivera.

Don Germán acaba de confesar.

Alrededor de su lecho se encuentran tres personas: el párroco, Isabel y el zapatero Rivera.

El sacerdote, en nombre del enfermo arrepentido, declara solemnemente que todos los bienes de don Germán Ordóñez, allí presente y en su cabal uso de razón, pertenecen en legítima propiedad a José Rivera, por haberlos retenido aquél indebidamente en vez de entregarlos en su día al padre de José, verdadero dueño de ellos; que la señorita Isabel, también presente, se conforma en absoluto con la declaración de su padre, y consiente gustosa en que los bienes sean entregados inmediatamente a su legítimo propietario, y que el en-

fermo espera el perdón de José para morir en la paz del Señor....

Calla el ministro de Dios y el silencio reina un instante en la cámara del moribundo.

El momento es solemne.

—¡Perdón, perdón!—exclama el enfermo.—Perdóname el daño que te causé privándote de lo tuyo, y éntra a poseer lo que te pertenece.

—Señor—respondió José,—verdaderamente no sé de estas cosas ni una sola palabra, de manera que mal puedo culparle de nada; pero si el perdón de daños que no he conocido puede servir a usted de algún alivio, yo lo perdono con toda mi alma y deseo que Dios lo perdone también y le devuelva la salud.

—Gracias, José, no puedes figurarte qué peso me arrancas de encima. Ahbra, ya sabes, tú eres el único dueño de todo.

—Señor, eso es ya diferente. La verdad, yo no veo esto claro; además, luna cosa así tan de sorpresa, tan inesperada!... Sin embargo, no se me puede ocultar que si yo recibo los bienes de usted, la señorita Isabel quedará en la miseria, y esto, francamente, no lo consiento yo aunque tenga que pedir limosna de puerta en puerta. ¡Estaría bien que una señorita tan buena y que se crio en la abundancia quedara de repente en la miseria! Lo dicho, don Germán, por esto no paso. Vamos a ver: ¿por qué no se queda la señorita Isabel con la mitad de la hacienda? Aunque mejor sería que siguieran las cosas como están. ¡Qué demonche! Yo ya estoy acostumbrado a mis zapatos, y crean ustedes que no me va tan mal.

—Gracias, José, gracias—contestó Isabel,—pero yo no puedo aceptar ninguna parte de estos bienes. Y no crea usted que es por orgullo, no, sino por deber de conciencia.

—Es que la conciencia no creo yo que obligue a tanto, señorita.

—La conciencia impone grandes sacrificios, José. Así, pues, acepte usted lo suyo y no insista pero ruegue a Dios que no abandone a esta pobre huérfana.

—¡Una idea se me ocurre! ¿Tendrá usted inconveniente, don Germán, en permitirme hablar a solas un instante con la señorita Isabel?

—Puedes hacerlo, José, y que Dios te ilumine.

—Mire usted, señorita, la cosa es muy seria. Bueno es que sienta usted escrúpulos en aceptar la mitad o toda la hacienda, pero yo soy libre para pensar que conviene salvar a todo trance la buena fama de su señor padre, y, por tanto, la de usted. ¿Cómo? Es muy difícil. En cuanto yo me lleve la hacienda, sea toda o una parte de ella, pues ¡nada! que será una confesión pública de la falta cometida por él, y como el mundo es así, naturalmente, sobre usted se cebará lo mismo que sobre el nombre de su señor padre. Yo quisiera que no padeciera la fama de su padre, que usted no variara de posición, pero, señorita, repito que la cuestión es muy difícil. Realmente no veo más que un medio, aunque casi no me atrevo a indicarlo. El medio sería que usted, en vista de lo grave del caso, consintiera en sacrificarse aceptando mi... mi... ¡No se enfade usted, señorita! Bien sabe Dios que sólo me atrevo a proponer este sacrificio por salvar el buen nombre de su señor padre. Demasiado comprendo que no debo aspirar a la dicha de unir mi suerte para siempre con la rica heredera de don Germán Ordóñez, pero, señorita, los términos precisos de esta cuestión son éstos: o tomar usted voluntariamente toda la hacienda y seguir las cosas como hasta aquí, para lo cual yo renuncio desde luego a mis derechos, o sacrificar su mano

para salvar la buena fama de su señor padre, o quedarse a pedir limosna. Descartado este último término, porque depende de mí, y yo no estoy dispuesto a transigir; quedan los otros dos a la elección de usted.

Isabel estrechó conmovida la mano de José, y le contestó con la sencillez de una absoluta convicción:

—Tiene usted un corazón excelente, José, y sentimientos nobilísimos. Es verdad; para salvar la honra de mi padre y ahorrarle la amargura de dejarme en este mundo pobre y desamparada, no existe otro medio. Vamos a su presencia y pídale usted mi mano; yo le autorizo para ello.

Ya en presencia del enfermo, José hizo la repetición convenida.

—Don Germán, hemos conferenciado la señorita Isabel y yo sobre las graves dificultades que reviste vuestro negocio, y hemos convenido en aceptar el único remedio práctico que existe. Así, pues, para evitar que padezca la buena fama de usted y que la señorita Isabel sufra las más naturales consecuencias, yo, autorizado por ella, pido a usted la mano de su hija...

—¿Oyes, Isabel, lo que dice José?

—Sí, padre mío; accéde por tu bien y por el mío, y porque él es un corazón de oro que sabrá proteger a tu hija.

—Pues bien; acercáos, hijos míos...

¡Así, de rodillas! Señor cura: ante Dios que nos ve, y en presencia de usted como ministro suyo, yo, Germán Ordóñez, declaro que entrego todos mis bienes a José Rivera, dueño legítimo de ellos, y que, a petición del mismo, le doy en matrimonio a mi única hija Isabel, pobre de toda riqueza temporal por culpa de su padre, que empleó mal sus facultades. A ti, José, te encomiendo la custodia y protección de esta hija querida, y a ti, hija de mi alma, que hagas feliz a José. Ahora, hijos

míos, que el Señor os bendiga como yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Amén!—contestaron los testigos de esta solemne escena.

—Señor cura—añadió el enfermo,—quisiera verlos casados antes de morir....

—Hoy mismo los verá usted, don Germán.

Cuando un indiscreto curioso hizo notar al virtuoso párroco la desigualdad social de los recién casados, el prudente sacerdote contestó sin vacilar:

—Cierto que Isabel es rica, joven y hermosa; pero José posee un corazón tan rico, joven y hermoso como Isabel, y serán felices. Estoy seguro.

Muchas veces se entabla esta conversación entre los jóvenes esposos, que hoy viven felices rodeados de familia:

—Mira, José, cuando nuestros hijos sean mayores, he de enseñarles que todo lo que poseen lo deben a su padre.

—No harás tal, Isabel, porque la verdad es que lo deben a su madre. ¡Si yo era un pobre zapatero!

—¿Yo que era una pobre huérfana que no tenía ni donde caerme muerta?

—¡Entonces!....

—¡Sí, entonces!....

—Transijamos, querida; entonces les dirás que deben sus bienes a la Virgen Santísima, que hizo de ti un ángel y a mí me inspiró un buen pensamiento. ¿Quedamos conformes?

—¡Adulador!....

F. Z.

(De *El Buen Consejo* de Lima).